

**Lina Britto y Ricardo López-Pedrerros, eds., *Histories of Solitude. Colombia, 1820s-1970s*. New York & London: Routledge, 2024, 459 pp.**

Paola Ruiz Gutiérrez   
Universidad Pedagógica Nacional (Colombia)

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.25.8>

*Histories of Solitude* es un conjunto de diecisiete artículos divididos en cinco partes que busca reflexionar sobre algunos problemas centrales dentro de los 150 años de trayectoria nacional que abarca. Las contribuciones son desiguales, como es de esperarse en cualquier libro de carácter colectivo; respaldadas por investigaciones en campos tan diversos como la historia económica, la nueva historia política, la historia social y la memoria, entre otros, apelan a un amplio material empírico de diversas características, a la vez que enuncian hipótesis no en todos los casos bien sustentadas que, sin embargo, abren nuevos interrogantes y vías de investigación. Cada sección está agrupada en función de cierta lógica temática y cronológica. No obstante, hay problemáticas transversales a ellas, así como coyunturas históricas que sobresalen a lo largo de todo el libro como el medio siglo XIX, la República Liberal y el Frente Nacional. Y es precisamente en esta reflexión transversal donde destacan algunos ejes de análisis que constituyen, a nuestro parecer, sus aportes más relevantes.

En primer lugar, hay un interés por analizar la constante tensión entre lo institucional y lo popular. La construcción legal y política de la ciudadanía; las políticas educativas, culturales y de control social, así como los programas de desarrollo económico y tecnológico que en diferentes momentos establecieron gobiernos de diversa naturaleza ideológica en el país, se enfrentaron a nociones alternativas sobre la ciudadanía, el desarrollo y la identidad nacional enunciadas por diferentes sectores populares. Antes que actores pasivos, éstos fueron centrales en la contienda política: ganaron espacios de reconocimiento; presionaron al Estado para modificar o ampliar sus programas sociales y pusieron de presente las restricciones sobre las que se fundaban la república y la democracia.

Si bien algunos autores cuestionan el impacto de estas acciones en la integración efectiva de los sectores populares a la nación, queda por dilucidar más ampliamente hasta qué punto lograron darle forma a los discursos y prácticas de la ciudadanía y a las instituciones republicanas, como bien se pregunta Uribe Urán en el contexto del siglo XIX. También valdría la pena ahondar mucho más en los procesos de negociación como los expuestos por Deavila Pertuz, en tanto que los sectores populares no solo actuaron por sí mismos, sino que formaron alianzas y transitaron entre ellas en función de intereses colectivos muy bien definidos. Más que un enfrentamiento entre sectores populares y el Estado, hubo espacios de negociación e integración dentro de la misma estructura institucional como bien lo muestra Muñoz.

En segundo lugar, destaca el análisis de las dinámicas nacionales dentro de un marco de interpretación histórica general. Frente a la supuesta excepcionalidad colombiana que ha determinado el acercamiento e indiferencia de la historiografía anglosajona con respecto al país en marcado contraste con lo sucedido, por ejemplo, con México, Argentina o Brasil como bien lo advierten los editores del libro, los diferentes autores han ubicado las problemáticas que abordan en relación con discusiones más amplias. La formación de una tecnocracia no se entiende sin el debate sobre el desarrollo promovido por la CEPAL, de la misma manera que los programas de crédito deben verse en función de las nociones de intervención estatal como herramienta para desactivar la movilización social promovidas por agencias y gobiernos extranjeros. Pero no se trata solo de ubicar las dinámicas colombianas en el debate general más amplio; algunos autores muestran el impacto que tuvieron —o deberían tener— en el análisis de coyunturas internacionales que suelen dejar por fuera a Colombia. El programa de Acción Comunal sirvió para definir los alcances de los cuerpos de paz como muestra Calvo; el fracaso de la producción de trigo puede ayudar a comprender mejor las limitaciones de la Revolución Verde como advierte Tally, y la definición en el siglo XIX de una nueva y particular identidad continental —América Latina— fue posible gracias a los aportes de los diplomáticos colombianos como señala Hensel.

Este análisis permite, además, un mayor diálogo con la historiografía reciente. Diálogo que revela, no obstante, algunas limitaciones. Otero Cleves analiza el papel que desempeñaron los sectores populares en la circulación y consumo de mercancías importadas como forma de negociar su lugar en la construcción de la república durante el siglo XIX. Si bien esta hipótesis deriva de desarrollos historiográficos más amplios para Inglaterra y Estados Unidos como bien lo advierte la autora, no es claro que haya tenido el mismo alcance en Colombia teniendo en cuenta la limitación de ese consumo.

Un tercer elemento para destacar es el enorme consenso entre las élites o grupos dominantes. Consenso, por ejemplo, entorno a la idea de armonía racial y social, es decir, con respecto a la integración controlada o mediada de las clases populares a la nación. Pero ese consenso se evidencia también en la idea de desarrollo como el texto de Álvarez, Fajardo y Hurtado muestran con relación al conjunto

de tecnócratas surgidos bajo el gobierno de Lleras Restrepo. O sobre la necesidad de tecnificar el campo con programas educativos, gestión de políticas crediticias y el cultivo de productos específicos como lo muestran los textos de Romero, Lorek y Tally. En la construcción de esas narrativas desempeñaron un papel fundamental los discursos científicos que ayudaron a legitimar una forma específica de dominio; del “deseo civilizador” del siglo XIX al “deseo modernizador” del XX no había mucha distancia. Esos consensos ocultaron memorias significativas como la desarrollada en el Sumapaz alrededor de la violencia política ejercida sin distinción ideológico por los sectores dominantes sobre las poblaciones rurales como devela Pabón. Y cuestionan, de nuevo, la posibilidad de los sectores populares para subvertirlos y anteponer nuevas formas de concebir la sociedad y el espacio político colombiano.

Por otro lado, cada sección en particular hace aportaciones significativas con relación al periodo que aborda. La primera, titulada “Imaginando la República”, está constituida por las contribuciones de James Sanders, Nancy Appelbaum y Franz Hensel. Los tres artículos muestran la importancia de los lenguajes políticos y de nociones como república y especialmente de ciudadanía en la definición de proyectos políticos nacionales. Quién enuncia, qué enuncia y para quién lo hace son algunas de las preguntas centrales aquí y develan los alcances y limitaciones que tuvieron la construcción de jerarquías raciales y territoriales a lo largo del siglo XIX.

La segunda parte aborda la construcción de la esfera pública a través de los trabajos de Víctor Uribe Urán, Francisco Ortega y Ana María Otero Cleves. Ortega y Otero Cleves se centran en la manera como el consumo y la educación fueron espacios a través de los cuales se buscó articular a los sectores populares con un proyecto de ciudadanía particular y desde donde éstos buscaron negociar su presencia en el ámbito político. Uribe Urán, por su parte, se centra en el “*habitus* republicano” construido desde el Congreso, la prensa y las hojas sueltas por sectores letrados que habrían dado forma a las instituciones republicanas. Si los dos primeros artículos remarcan el papel desempeñado por los sectores populares, Uribe Urán, con mayor cautela, propone valorar el alcance real que ellos tuvieron en el diseño institucional.

La tercera parte constituida por los trabajos de Juan Fernando Velázquez, Catalina Muñoz y Francisco Flórez, George Palacios y Ana Milena Rhenals se centra en la redefinición de la ciudadanía que se produjo durante la República Liberal. Si bien durante este periodo se mantuvieron algunos prejuicios raciales y sociales con respecto a los sectores populares heredados del siglo XIX, se buscó democratizar la cultura y la educación como forma de moralizar a la población colombiana. Esto supuso nuevas políticas de control social, pero a la vez permitió que los sectores populares aprovecharan los espacios disponibles para enarbolar nuevos discursos o gestionar formas de asociación y producción cultural que ampliaron la noción de “identidad nacional”.

A través de los trabajos de Romero, Lorek, Tally y Álvarez, Fajardo y Hurtado, la cuarta parte se centra en diferentes programas de desarrollo como las granjas escuelas, los sistemas de crédito, el cultivo del trigo y la formación de un grupo de tecnócratas que permitieron, en todos los casos, debatir qué tipo de desarrollo debería implementarse en Colombia, cuáles serían los sectores sociales que debía favorecer, en función de qué intereses económicos, políticos y sociales se deberían implementar y la manera en que ellos contribuirían a la formación de un nuevo ciudadano. Se buscaba así moldear a la sociedad a través del progreso técnico. Pero todo discurso desarrollista, como sugieren los autores de esta sección, contribuyó a nuevas formas de exclusión o fracasaron en mayor o menor medida en favorecer a los sectores rurales manteniendo la agitación social que se buscaba acallar con ellos.

Precisamente la agitación social en el campo y la ciudad en la segunda mitad del siglo XX es el eje que guía la quinta parte constituida por los aportes de Pabón, Calvo, Deavila y Van Isschot. En ella se pone de presente la importancia de programas como Acción Comunal y los procesos asociativos barriales como estrategias de desarrollo y negociación por parte de los sectores populares, a través de los cuales se logró también articular planes gubernamentales de asistencia social. El establecimiento de tribunales populares que han buscado desenmarañar aspectos centrales del conflicto armado, así como la resistencia de la población del Sumapaz frente al intento de imponer una memoria particular sobre él, muestran de qué manera las narrativas dominantes pueden ser desafiadas. Aunque en apariencia esta última sección está menos articulada que las anteriores, es quizás la que mejor muestra los alcances de las acciones de los sectores populares y el impacto que han tenido en el debate público en los dos últimos tercios del siglo XX.

Más allá de las contribuciones que cada artículo realiza a un campo historiográfico específico, *Histories of Solitude* propone una reflexión sobre la manera como han sido construidas, debatidas y puestas en práctica la ciudadanía y la democracia como pilares de la república en los 150 años que aborda. Amplía la noción de campo político como un espacio en disputa en donde se debatieron por igual políticas educativas y programas de crédito; discursos raciales y formas de consumo entre otros, todos ellos en función de reconocer, ampliar o restringir el acceso de sectores populares específicos a los modelos de nación que en determinados momentos se buscó construir.